

CONFERENCIA XV

LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

1. El «Embudo de Nuremberga», poste indicador en la historia de la civilización.—El mundo puede gritar tanto como quiera contra la inutilidad de los héroes de la pluma y la carencia de sentido práctico de los sabios de gabinete; sin embargo, una cosa hay que no les ha quitado jamás, la de hacer, en el fondo, los acontecimientos, y aun podemos decir, los tiempos. Si los que tienen entre sus manos los hilos de la historia se apercibiesen de que el mundo los considera como hijos de esos sabios, se convencerían muy pronto de que no son más que unos maniqués. De aquí que no vacilemos en decir que, á pesar de cierto exclusivismo, imposible de evitar, el estudio reflexivo de obras literarias es un medio más breve y seguro que el de los viajes y la intervención en la vida pública para aprender á conocer el mundo y la vida.

Cuando estudio las obras gigantescas de los escolásticos, comparables á un arsenal, donde se alinean, artículo por artículo, como para formar una coraza impenetrable, así las primeras hipótesis de la ciencia como los misterios más elevados de la fe, conozco la época que ha producido y utilizado semejantes ingenios del pensamiento. Cuando abro nuestros elegantes volúmenes en 8.º, que es preciso tomar siempre en número de tres ó cuatro, siquiera para compensar la molestia de consultarlos, me doy cuenta también de la época en que vivo. Se puede establecer casi como regla absoluta que cada época del desarrollo de la civilización se distingue por ciertos acontecimientos carac-

terísticos en la literatura, acontecimientos cuya naturaleza se nos ofrece como en un corto resumen. Nadie negará que la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino y la *Divina Comedia* del Dante son resúmenes de la vida intelectual de su época; pero nadie negará tampoco que épocas posteriores tendrán mucho que hacer para oponer á esas obras seculares la suma del perfeccionamiento de su civilización.

Los tiempos modernos producen también obras literarias análogas, cuyo valor desgraciadamente no es el mismo. El año de 1648, por ejemplo, produjo, al mismo tiempo que la paz, cuyas consecuencias han sido la división de nuestra vida pública, un librito cuya importancia para la historia de la cultura no es despreciable.

Nos referimos al célebre *Nürnbergischer Trichter* (*Embudo de Nuremberga*) de Harsdöffer, gracias al cual se podría inculcar á cada uno, en el intervalo de seis horas, «el arte de la poesía alemana.» Quizá será ridículo; quizá le llamarán también ironía de la suerte; pero lo cierto es que ese libro ha llegado á ser en la historia de la civilización un poste indicador y la enseña de la civilización moderna. Este libro hubiera sido imposible en la Edad Media. Su sola aparición nos dice que los tiempos modernos han abandonado completamente la manera de pensar de los días antiguos, así como su solidez y su profundidad en el trabajo. En vez de un largo aprendizaje, algunas conferencias, á la altura de todos, deben ahora comunicar la ciencia necesaria para hablar y escribir. Lo agradable no se une ya á lo útil; pero sí debe reemplazarlo. El que quiere adquirir renombre, no debe escribir obras sabias, sino simplemente algunas indicaciones superficiales, que pasen por alto las dificultades, como el gallo sobre el carbón candente, y que hagan creer que uno es sabio, rico, sano y virtuoso.

El *Embudo de Nuremberga* era el libro que convenía á semejante época. De aquellos tiempos data esa cantidad innumerable de manuales que contienen toda especie de

ciencia, y aun sobrepujan al *Embudo* en brevedad é insipidez. Desde aquella época, se aprende á hablar y escribir una lengua en quince días. Desde entonces, esas obras científicas populares que, sin estudios preliminares, hacen á uno capaz de pronunciar en tres días la palabra decisiva, buscada desde tan larga fecha, en cualquier rama de la ciencia, del arte y de la vida pública, caen sobre nosotros con tanta rapidez como los copos de nieve en un día de invierno. En una palabra, ese libro es el punto de partida del mezquino espíritu que, en los últimos siglos, ha acompañado, en todos los dominios de la vida, la victoria del Humanismo sobre el espíritu cristiano.

2. Todo exclusivismo es extraño al Cristianismo, que forma un todo.—Ese rasgo se ha apoderado también últimamente de la más difícil de todas las ciencias, la historia de la filosofía. Procúrase ahora presentar de una manera tan agradable todo el desenvolvimiento intelectual de la civilización de la humanidad, que gentes que no han aprendido á contar hasta cinco, quiere apropiársela de un solo golpe. Así es, por ejemplo, como Moriz Carrière, más dichoso que todos los escolásticos, ha reasumido la historia universal en tres palabras. «La antigüedad, —dice con la habilidad de un prestidigitador,—es la vida de la naturaleza, el Cristianismo es la religión del corazón, y el presente es la época del espíritu, por lo menos,—añade modestamente—todavía en sus principios.» Toda la historia está comprendida aquí, y lo que hay en ella de principal, el enojoso Cristianismo, queda vencido de un modo que no puede ser más breve.

Verdad es que vemos con gusto esa tendencia que impera en nuestros días de exponer la ciencia en fórmulas y en ideas breves y sólidas, después de haber despreciado por tan largo tiempo las edades antiguas, justamente á causa de sus supuestas fórmulas inútiles; pero hay excesos que no pueden admitirse. Resumir en una palabra la vida intelectual de miles de años, y esto de una manera tan exclusiva como aquí se hace, es un ensayo que no pue-

de tener buen éxito; es una verdadera sabiduría de *Embudo de Nuremberga*, que responde perfectamente á esos juegos de manos, verificados por medio de contraseñas, con los cuales se dispensa de reflexionar á las masas en la vida pública. Si se creía rebajar al Cristianismo, la supuesta religión del corazón, oponiéndole la nueva civilización como religión del espíritu, la empresa era muy inútil. Jamás el Cristianismo ha ambicionado el honor de fundar una época exclusivamente intelectual, como tampoco ha querido ser, y no lo ha sido, una religión exclusivamente de la voluntad ó del corazón. Ciertamente es una religión del espíritu, y siempre lo será, pero es igualmente, y aun más, una religión de la energía, como del carácter y del corazón. Es todo esto á la vez en unidad indisoluble; el exclusivismo repugna á su naturaleza. Si debe preferir un título á todos los demás, es sin duda alguna el de religión del carácter, pero esto únicamente, porque, como lo veremos después, no es otra cosa que el hombre completo que se ha desarrollado interiormente bajo la influencia del espíritu cristiano. La religión cristiana tiene de particular que sólo quiere ser una cosa, porque es también la otra, y que no puede ser una de esas cosas, sino en tanto que es el todo. En lo que concierne al hombre,—debemos decirlo en su elogio,—su principio será eternamente el siguiente: «Ó todo, ó nada.» Es justo que no lo exija, por su parte, todo á la vez. Obrando así, no hace sino demostrar cuán perfectamente entiende nuestra naturaleza y con qué miramientos trata nuestra debilidad. De esto ya estamos bien convencidos; pero daremos aquí una nueva prueba al considerar cómo comprende y ejecuta la formación del carácter.

3. Los dos defectos principales del carácter.—Ya hemos dicho muchas veces, y ahora más que nunca tenemos ocasión de afirmar, que sería una mala recomendación para nuestra fe el querer realzarla con detrimento de las otras religiones, ó darle mayor relieve, proyectando sobre la vida del mundo sombras tan oscuras como posibles.

De aquí que prescindamos de buen grado de la ocasión que se nos ofrece de emprender la descripción del carácter de los hombres, tal como en realidad se presentan al ojo escrutador del psicólogo. El que tiene tendencia á irritarse y á burlarse, á verlo todo negro, no sabría ciertamente evitar el peligro de la exageración, ya que no falta aquí abundante materia para ello. Si quisiésemos describir los diferentes defectos de carácter, la falta de carácter, la debilidad de carácter, la falta de principios, la irresolución, los caracteres dados á la contradicción, los caracteres medianos, inconstantes, superficiales, ligeros, exclusivos, enteros, rígidos, inflexibles, sin miramientos, insensibles, duros, fríos, ¿dónde iríamos á parar y qué saldríamos ganando en ello, sino indisponernos con muchas personas, fastidiarnos, no mejorar á nadie y empeorarnos á nosotros mismos?

Vale más que vayamos al fondo de la cuestión, y que busquemos las raíces del mal. Quizá sea esto menos ameno, pero es más instructivo. Todos los defectos de carácter pueden reducirse á dos fundamentales. El primero y principal, que se encuentra en la mayoría de los hombres, ha sido y será siempre la debilidad. Esta enfermedad, de la cual casi todos estamos atacados, proviene de que no encontramos nuestro apoyo en nosotros mismos, porque dependemos demasiado del mundo externo. En vez de hacer de nuestra propia convicción, de los principios sólidos, de nuestra conciencia, la línea de conducta de nuestra vida y de nuestro pensamiento, nos fijamos siempre en lo que los otros dicen y hacen. De tal modo dependemos de los juicios ajenos; cambiamos tan á menudo de manera de ver; somos tan inconstantes en nuestras maneras de obrar, que estamos constantemente en peligro de perdernos, cuando hemos llegado á encontrarnos bien. De ahí proviene esta falta de valor y de fuerza, que tan á menudo nos hace enrojecer. Nos sentimos descontentos interiormente de ese puñado de jefes que dirigen ese tirano que se llama la opinión pública y la moda, y, sin embargo, ayudamos á

formarlos, ó, por lo menos, á fortificarlos, sacrificándoles nuestras convicciones y nuestra conciencia, y reclutándoles nuevos esclavos con el ejemplo de nuestra sumisión. Nos reímos del candor del hombre vulgar, que cree que una cosa es cierta por que está impresa, y no vemos que con esto nos burlamos de nuestra propia debilidad. Porque, para decirlo de una vez, somos tan flacos, que á menudo no conocemos nuestra impotencia, y con mucha mayor razón, la causa de donde proviene.

Además, decimos á quien quiere oírlo, que, si es preciso tener defectos, preferimos la debilidad de carácter al defecto opuesto, la obstinación. Es ciertamente mucho más censurable mirar con desprecio y desdén esa irresolución y esa falta de principios en las personas mundanas, y creer, como el hombre sencillo lo cree constantemente, curar un exceso por otro, la debilidad por la falta de descendencia, la irresolución por la terquedad, la expansión por la concentración. He aquí el segundo defecto de carácter, bastante raro es verdad, pero tanto más funesto. Allí donde hasta entonces había una dependencia rayana en la más completa esclavitud, la arrogancia, la inflexibilidad, el enojo, el afán de la singularidad y de la extravagancia, por mezquino y ridículo que todo esto sea, han de representar ahora la verdadera grandeza de carácter. El mayor peligro que en este error hay, es la admiración de que casi siempre es objeto. Cuanto más débiles son los hombres por sí mismos, más fácilmente les ocurre quedar pegados en su sitio, cuando pueden comprobar en los otros ese principio estoico de no inclinarse ante nada, de no inquietarse por nada, de no dejarse conmover por nada. ⁽¹⁾ Esto explica por qué, cuando se trata del carácter, la mayoría no piensa ordinariamente en otra cosa que en esta obstinación que solamente se hace sentir de vez en cuando sobre los más débiles, pero que uno cree conveniente tener siempre pre-

(1) Cicero, *Off.*, 1, 20, 66. *Academ.*, 1, 10; 2, 44. Diog. Laert., 7, 116 y sig. Horat., 1, 6, 1.

sente como un ideal sublime. Cuando un Jephthé ó un Manlio Torcuato entregan su propio hijo á la muerte, á consecuencia de un impremeditado voto ó prohibición, cuando un Herodes inmola al Justo, al cual estima, á causa de una promesa insensata; cuando un Catón, con una estrechez de espíritu incomparable, se golpea la cabeza contra la boca de las cloacas, de las cuales ha ayudado á abrir las esclusas, hablamos del carácter con admiración, y casi sentimos no poder imitar tal energía de espíritu.

4. Las falsas explicaciones del carácter; razones de estas explicaciones.—Á decir verdad, ocurre aquí lo que ordinariamente con las palabras que nos complacemos en pronunciar. Hablamos del *carácter* sin saber lo que es. Basta leer en nuestros filósofos lo que entienden por esta palabra, y cómo se contradicen al querer explicarla, para que encontremos superfluas todas las pruebas que afirmen que son absolutamente incapaces de concebir algo excelente con relación á ella. Si uno entiende por carácter la inflexibilidad de la voluntad elevada hasta la obstinación, otro cree que es el espíritu que tiene conciencia de su fin, ⁽¹⁾ y no falta quien afirme que consiste en las disposiciones naturales innatas, ó en el temperamento. Si unos exigen ante todo del hombre instruído la formación del carácter, otros, de conformidad con la manera de ver de los filósofos ingleses, ⁽²⁾ pero particularmente de Kant ⁽³⁾ y Schopenhauer, ⁽⁴⁾ no se cansan de asegurar que el carácter no es otra cosa que una especie de instinto animal ó ciego, y que quererlo ennoblecer ó formar, es una empresa insensata, puesto que no hay posibilidad alguna de éxito.

Por otra parte, nadie se extrañará de que el mundo no

(1) J. H. Fichte, *Ethik*, II, I, 118 y sig.

(2) Hume: Vorländer., *Gesch. der philos. Moral der Engländer und Fraozosen*, 473. Priestley: Stæudlin, *Gesch. der Moralph.*, 904-909. Owen: J. H. Fichte, *Die philos. Lehre von Recht, Staat und Sitte seit d. XVIII Jahrh.* (*Ethik*, I), 717.

(3) Zeller, *Gesch. der deutsch. Philos.*, 458, 853. Ueberweg, *Gesch. der Philos.* (3), III, 313.

(4) Schopenhauer, *Welt als Wille und Vorstellung*, (3) I, 337 y sig. Erdmann, *Gesch. der neueren Phil.*, III, II, 408 y sig.

pueda decir lo que es preciso entender por la palabra carácter, en el supuesto de que entienda lo que esto significa. ¿Dónde encontramos, pues, caracteres? ¿Cuántos grandes caracteres puede ofrecernos la historia antigua y la moderna? Sin duda que no debemos censurar á los antiguos, porque no sepan lo que es el carácter. ⁽¹⁾ En la situación en que se encontraban, todo carácter debía corromperse, en el supuesto de que hubieran podido poseer uno. Los dos males principales del Paganismo, la parálisis y aun el aniquilamiento de la vida personal interna ó moral, lo que, en nuestro lenguaje filosófico, que no es muy claro, llamamos individualidad libre y dependencia absoluta de la personalidad con relación á la totalidad, al Estado ó al municipio, los excusa ante cualquiera que juzgue de un modo equitativo. Pues aunque hoy, como en tiempos pasados, hayamos aprendido á soportar una buena dosis de servidumbre intelectual en nuestra vida pública, no podemos sin embargo, formarnos idea de la dependencia que con relación á la ley, al Estado, á la opinión pública, pesaba en aquel entonces sobre cada individuo. En aquellos tiempos, no se trataba de derecho, ni de la voz de la propia razón, en las cosas que concernían á la vida. Jamás habían oído pronunciar una palabra sobre este asunto, ni tampoco experimentaron nunca la necesidad de ello. El santuario de la conciencia personal era tan extraño como desconocido. ¿De qué podía servir la conciencia, si la ley y la voz de la opinión pública la reemplazaban y aun la interceptaban?

De esto mismo se deduce que, en semejantes situaciones, la vida interna—si es que esta expresión puede permitirse—debió llevar en la antigüedad la señal más profunda de la debilidad de carácter. Y porque es imposible borrar completamente del corazón ciertos restos de independencia humana, natural fué que el día en que aquél quiso reaccionar contra semejante opresión intelectual, se des-

(1) Cicero, *De fato*, 18, 20. Plutarch., *Plac. philos.*, 1, 27, 3; 29, 5. *Stoic. repugn.*, 23. Aulus Gellius, 6, 2.

bordase contra aquella arrogancia obstinada, y á menudo tan ridícula, que usurpaba todos los derechos y todas las costumbres, y de la cual la historia de los antiguos filósofos en particular nos ha dejado tan numerosos ejemplos.

¿Qué pensar, con todo, si aun en el día de hoy—sí, lo decimos con dolor—los mismos errores relativos al carácter se encuentran á corta diferencia, como en aquella época? Al lado de los millones de personas que desaparecen como el humo en la actividad de la totalidad, y que mudan de lugar á cada cambio de viento, como nubes incapaces de resistencia, hay una subjetividad,—según el lenguaje de moda—que, á riesgo de hacer del hombre una momia viviente, ó un antropófago, prefiere coger moscas y vivir disgustada en el aislamiento, á hacer maravillas, subordinándose al conjunto; una subjetividad que prefiere lamentarse, á cooperar al salvamento de los que pueden ser salvados; que prefiere aplastar la mecha que aun humea y obrar de concierto con el más feroz adversario, para producir la ruina de su propia causa, á compartir el yugo con un compañero que participa de sus mismos sentimientos, pero que no se deja trabajar como la cera, según las miras del vecino. Hoy halagan al favorito que han escogido, y mañana le maldicen cordialmente. Hace un instante, creían al mundo demasiado pequeño para su celo ardiente, y ahora quieren imitar á los Cartujos y burlarse de un mundo que no los comprende. Mañana todo serán nuevos planes, una oposición, un trueno, como si el mundo fuese á reducirse á cenizas, pero la noche del día en que se les haya puesto una cinta en el ojal, ó se les haya invitado para un té, todo se convertirá en adulaciones descorazonantes y protestas de abnegación inagotable.

Sí, Dante conocía bien el mundo, cuando se expresaba así: «Hay personas llenas de jactancia, que uno ve encarnizarse como dragones contra el hombre que huye, y apaciguarse como un cordero ante los que les muestran los dientes ó una bolsa.»⁽¹⁾

(1) Dante, *Parad.*, XVI, 115 y sig.

5. Las dos bases de la formación del carácter en la fe cristiana.—Puede respondérsenos que esto se encuentra, antes en las situaciones públicas que en los individuos. Pero aquéllas han opuesto al desenvolvimiento del carácter los mismos obstáculos que ya en otra ocasión hemos visto, al tratar de la antigüedad. Sabemos, y lo lamentamos de todo corazón, que los frutos de la lucha que el Cristianismo ha librado en favor de la humanidad, es decir, por la garantía de la personalidad libre contra el exceso de poder de parte de la totalidad, de la opinión pública y del Estado, se hayan perdido por completo. Sin embargo, no podemos hoy excusar al individuo en el mismo grado que podríamos hacerlo, tratándose de los antiguos.

Estas tristes situaciones que, hoy como en el paganismo antiguo, quieren poner la tradición en lugar de la moral, la fuerza por encima del derecho, la ley como compensación y como directora de la conciencia, y que dejan como único medio de salvación la resistencia de la inercia, ó la rebelión abierta, no serían posibles, si cada individuo se atuviese desde el principio á ese bien inestimable que los antiguos no conocieron, pero que el Cristianismo les ha traído, á saber, el derecho de la libertad interna ó de la conciencia, y, por el hecho mismo, la independencia personal. ¿Cómo podía el hombre, antes de Jesucristo, presentir que, por sí mismo, tenía un valor inmenso, aun cuando fuese incapaz de trabajar, aunque no tuviese bienes, ni dinero, ni hermosura, y aunque sirviese, antes de carga que de utilidad al mundo? ¿Quién decía á aquellos espíritus que se consumieron en el trabajo y en los goces, y que desaparecieron en la vida externa, que cada uno está más cerca de sí mismo que del mundo entero, y que toda ganancia carece de provecho, si no se posee uno á sí mismo? Seguramente hubiérase provocado una revolución en todos los corazones, si se les hubiese enseñado que nuestras obligaciones para con la totalidad no son fructuosas para nosotros y para el conjunto, si primeramente